

me he quitado el sombrero... ¿Comprende usted?

—¡Admirable!... ¡Usted es admirable, querido!

Pero Claudio sólo oía las palpitaciones de su corazón; no veía otra cosa que su *Enfant mort*, arriba, junto al techo. No apartaba de él los ojos, bajo el influjo de la fascinación que le tenía clavado allí, á despecho suyo. La multitud, con el vértigo del cansancio, giraba en torno, pisoteándole los pies, dándole empellones, arrastrándolo consigo; y como un cuerpo inerte, se abandonaba á la corriente, flotaba, volvía á hallarse en el mismo sitio, sin bajar la cabeza, ignorante de lo que pasaba abajo, viviendo sólo arriba, con su obra, su pobre niño, hinchado con la muerte. Dos gruesas lágrimas, cuajadas entre los párpados, le impedían ver bien. Parecía que jamás tendría bastante tiempo para contemplarlo.

Entonces Sandoz, llevado de su profunda compasión, fingió no ver á su antiguo camarada, como si hubiese querido dejarlo solo, sobre la tumba de su vida malograda. Otra vez pasaban juntos los amigos; Fagerolles y Jory iban delante, y como Mahoudeau le pidiese dónde estaba el cuadro de Claudio, Sandoz mintió, lo alejó de allí, se lo llevó fuera. Salieron todos.

A la tarde, Cristina sólo pudo obtener de Claudio secas explicaciones: todo iba á pedir de boca, el público no se irritaba contra él, el cuadro producía buen efecto; estaba algo alto, tal vez. Y á pesar de su fría serenidad, tenía tan raro aspecto, que ella sintió miedo.

Después de comer, de vuelta de la cocina donde había ido á dejar unos platos, Cristina no le halló á la mesa. Había abierto la ventana, que daba á un solar; allí estaba, y tan echado hacia fuera, que ella no le vió. Luego, aterrada, se lanzó hacia él, tiró con fuerza de su chaqueta:

—¡Claudio! ¡Claudio! ¿qué haces?

Volvióse, estaba blanco, la mirada extraviada.

—Miro.

Pero ella cerró la ventana temblorosa, y fué tal su sobresalto, que no pudo dormir en toda la noche.

XI

El siguiente día, reanudó nuevamente su tarea Claudio; y así transcurrieron meses, todo el verano, en monótona tranquilidad. Había encontrado trabajo: estudios de flores, para Inglaterra, cuyo producto bastaba para el pan cotidiano. Todas sus horas disponibles, consagróbalas á su magno lienzo; y sin caer en sus antiguos arrebatos de cólera, parecía resignado á esta labor eterna, con aire sosegado y una aplicación obstinada y sin esperanzas. Pero sus ojos, cuando se fijaban en la obra frustrada de su vida, parecían alelados, viéndose en ellos como una muerte de la luz.

También Sandoz, en aquella época, sufrió un grave pesar. Falleció su madre, trastornando toda su existencia, aquella existencia de tres, tan íntima, donde sólo unos pocos amigos penetraban. Hízosele antipático el pabellón de la calle Nollet. Por otra parte, habíase declarado un éxito brusco en la venta de sus libros, penosa hasta entonces; y el matrimonio, colmado con esta riqueza, acababa de alquilar en la calle de Londres un vasto piso, cuya instalación les ocupó meses enteros. Su luto había estrechado aún más la amistad de Sandoz por Claudio, en una comunidad de aburrimento de las cosas. Desde el tremendo golpe del Salón, tenía vivamente inquieto su antiguo camarada, adivinando en él alguna rotura irreparable, alguna herida por donde la vida se escapaba, invisiblemente. Después, viéndole tan frío,

tan cuerdo, había acabado por tranquilizarse un poco.

A menudo subía Sandoz á la calle Tourlaque, y cuando le ocurría encontrar sola á Cristina, interrogábala, comprendiendo que ella vivía también en continuo sobresalto, temerosa de alguna desgracia, aunque sin sacarla nunca á conversación. Tenía la faz torturada, los sobresaltos nerviosos de una madre velando á su hijo y temiendo ver llegar la muerte, al menor ruido.

Una mañana de julio, le preguntó:

— ¡Vaya! ¿es usted dichosa? Claudio está sosegado, y trabaja bastante.

Ella fijó en el lienzo su mirada habitual, una mirada oblicua de terror y odio:

— Sí, sí, trabaja... Quiere acabarlo todo, antes de dedicarse á la mujer...

Y, sin confesar el temor que la asediaba, añadió, bajando la voz:

— Pero ¡y sus ojos! ¿no ha reparado usted en sus ojos? ¡siempre aquel modo de mirar! No me engaña, no, aun cuando parezca que no se enfada... ¡Por favor! ¡Venga usted á menudo, y sáquele á paseo, á distraerle! ¡no le queda más refugio que usted! ¡ayúdeme, por favor!

Desde entonces, Sandoz iba á caza de pretextos para sacarle á pasear: llegaba muy de mañana á casa de Claudio, y le arrancaba, á la fuerza, de su trabajo. A veces, era preciso echarle de la escala, donde se quedaba sentado, aun cuando no pintaba. Repentinos cansancios le detenían, manteniéndole entorpecido durante largos intervalos, sin dar una pincelada. En estos momentos de muda contemplación, su mirada fijábase con religioso fervor en la figura de mujer; era como el deseo vacilante de una voluptuosidad mortal, la infinita ternura y el azoramiento sagrado de un amor que á sí propio se vedaba, seguro de dejar

en él la vida. Después, proseguía la ejecución de las demás figuras, de los fondos del cuadro, sabiendo que la otra estaba allí, vacilante su mirada cuando tropezaba con ella, y convencido de domeñar su vértigo, mientras no tocara su carne, ni ella le estrechara en sus brazos.

Cierta noche Cristina, que actualmente era visita de los Sandoz y que no faltaba á ninguno de sus jueves, esperando que allí se alegrara su hijo artista enfermo, habló aparte con el anfitrión, suplicándole que pasase el día siguiente por su casa. Y al siguiente día, Sandoz, que cabalmente debía recoger algunos apuntes para una novela, al otro lado de Montmartre, subió á buscar á Claudio y se lo llevó, sin soltarlo hasta la noche.

Aquel día, habiendo bajado hasta la puerta de Clignancourt, donde se celebraba una feria permanentemente: caballitos, tiro al blanco, puestos de bebidas, quedaron estupefactos al verse de repente en presencia de Chaîne, muy atareado en sus funciones directoriales, en medio de una vasta y rica barraca. Era una especie de capilla profusamente ornada: cuatro juegos de ruleta, redondeles atestados de porcelanas, cristalería y chucherías cuyos barnices y dorados relumbraban, con retintines de armónica cuando la mano de un cliente lanzaba el platillo, rechinando contra la pluma; hasta un conejo vivo, el premio gordo, atado con cintas de color rosa, valsaba, giraba sin fin, ebrio de espanto. Y tantas riquezas encuadrábanse en colgaduras rojas, lambrequines y cortinas, por entre los cuales y en el fondo de la tienda, como en el *sancta-sanctorum* de un tabernáculo, veíanse colgados tres cuadros, las tres obras maestras de Chaîne, que de feria en feria le seguían, de uno á otro extremo de París: la *Mujer adúltera* en el centro, la *Copia del Mantegna* á izquierda y la *Estuja* de Mahoudeau, á derecha. De noche, cuan-

do brillaban las lámparas de petróleo, y las ruletas roncaban é irradiaban como astros, nada más hermoso que aquellas pinturas, en la sangrienta púrpura de las telas; y el pueblo, embobado, se agrupaba.

Semejante espectáculo arrancó una exclamación á Claudio:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué bien están esos cuadros! ¡ni hechos adrede!

El *Mantegna*, especialmente, de sequedad tan cándida, parecía una imagen de Epinal descolorida, clavada allí para gozo de las gentes sencillas; mientras la *Estufa* minuciosa y de soslayo, emparejando con el *Cristo* de mazapán, excitaba invencible risa.

En esto, Chaîne, que acababa de divisar á los dos amigos, les tendió la mano, como si se hubiesen visto el día anterior. Estaba muy tranquilo, ni orgulloso ni avergonzado de su burraca; y no había envejecido: siempre de cuero, completamente ocultada la nariz entre ambas mejillas, y la boca hundida en la barba.

—¿Qué tal? ¡al fin los conocidos acaban por encontrarse! — dijo Sandoz, jovialmente. — ¿Sabe usted que hacen mucho efecto, allí dentro, sus cuadros?

—¡Qué guasón! — añadió Claudio; — ¡tener para sí solo un pequeño Salón! ¡no es mala idea!

Chaîne, esplendente la faz, soltó su palabreja:

—¡Seguro!

Después, despertando su orgullo de artista, y á pesar de que sólo lograban sacarle gruñidos de vez en cuando, pronunció toda una frase:

—¡Ah! ¡si yo hubiese tenido dinero como ustedes, hubiera prosperado como ustedes!

Tal era su convicción. Nunca había puesto en duda su talento; y si abandonaba la partida era, sencillamente, porque no le daba de vivir. En

el Louvre, ante las obras maestras, decía, de buena fe, que lo que hacía falta era tiempo.

—¡Bah! — repuso Claudio, recayendo en su melancolía; — ¡no eche usted de menos nada! ¡sólo usted ha alcanzado victoria! El negocio marcha, ¿verdad?

Aquí Chaîne masculló amargas palabras. No, no; nada marchaba, ni siquiera las ruletas. El pueblo ya no jugaba; todo el dinero se fundía en las tabernas. En vano compraba uno mercancías de desecho, y descargaba palmadas en la mesa, para que la flecha no se detuviese en los premios gordos; apenas si se sacaba para un vaso de agua. Después, viendo que llegaban gentes, interrumpióse y gritó con un vozarrón que sus dos amigos no le conocían y les dejó estupefactos:

—¡A jugar! ¡á jugar!... ¡Todos los golpes sacan premio!

Un obrero, que llevaba en brazos una chiquilla enfermiza, de grandes ojazos ávidos, la hizo jugar dos veces. Los platillos rechinaban, las baratijas danzaban relumbrantes y el conejo vivo giraba, giraba, gachas las orejas, tan rápido, que se borraba, trocándose en un círculo blanquecino. Hubo una fuerte emoción; la chiquilla había estado á pique de ganar.

Entonces, después de estrechar la mano de Chaîne, trémulo todavía, los dos amigos se marcharon.

—Es feliz — dijo Claudio al cabo de una cincuenta de pasos, andados en silencio.

—¡El! — exclamó Sandoz, — ¡la idea de que le salió fallido su ingreso en el Instituto le mata!

Algún tiempo después, á mediados de agosto, imaginó Sandoz la distracción de un verdadero viaje, una partida que debía ocuparles un día entero. Había encontrado á Dubuche, pero un Dubuche estragado, huraño, que se le mostrara

plañidero y afectuoso, removiendo el pasado, é invitando á sus dos antiguos camaradas á que le visitasen en la Richaudière, donde aún debía pasar quince días, solo, con sus dos hijos. ¿Por qué no irían á sorprenderle ya que tan deseoso parecía de reanudar relaciones? Mas, en vano repetiría Sandoz que le había hecho jurar que llevaría á Claudio; éste negábase obstinado, como sobrecogido de miedo á la idea de volver á ver Benne-court, el Sena, las isletas, toda aquella campiña cuyos felices años estaban difuntos y enterrados. Fué preciso que Cristina interviniese; y acabó por ceder, no sin gran repugnancia. Cabalmente, la víspera del día convenido, había estado trabajando hasta muy tarde en su obra, víctima de nueva fiebre. Así, pues, aquella mañana, un domingo, torturado por el deseo de pintar, salió de casa no si npena, como si de allí le arrancaran, dolorosamente. ¿Para qué volver allá? ¿Si ya había muerto, si ya no existía! Sólo existía París, y aún, en París, no existía más que un horizonte, el cabo de la Cité, aquella visión que le asediaba siempre y por donde quiera, aquel rincón único donde dejara su corazón.

En el vagón, viéndole Sandoz nervioso, fijos los ojos en la portezuela, como si se alejara por años enteros de la villa paulatinamente achicada y anegada en vapores, esforzóse en distraerle y le contó cuánto sabía de la verdadera situación de Dubuche. Al principio, papá Margailan, enorgullecido con su yerno condecorado, le había paseado y exhibido por todas partes, como su asociado y sucesor. ¡Vaya un mocito, que iba á dar gran impulso á los negocios, edificando más barato y mejor, pues se había quemado las cejas estudiando libros y más libros! Pero la primera idea de Dubuche fué deplorable: inventó un horno de ladrillos y lo instaló en Borgoña, sobre te-

rrenos de su suegro, en condiciones tan desastrosas y á tenor de un plan tan defectuoso, que la intentona se canceló con una pérdida redonda de doscientos mil francos. Dedicóse, entonces, á las construcciones, pretendiendo aplicarles miras personales, un conjunto muy madurado, que debía renovar el arte de edificar. Eran las antiguas teorías, tomadas de los amigos revolucionarios de su juventud, todo cuanto había prometido realizar cuando fuese libre, pero mal digerido, aplicado fuera de propósito, con la pesadez del buen discípulo sin imaginación: decoraciones de barro cocidos y porcelanas, grandes pasadizos de cristales, sobre todo, el empleo del hierro: vigas de hierro, escaleras de hierro, aleros de hierro; y como estos materiales aumentaban los gastos, vino á parar de nuevo en una catástrofe, tanto más, cuanto que era malísimo administrador é iba perdiendo el caletre desde su fortuna, más y más embotado por el dinero, maleado, desorientado, sin encontrar siquiera su antigua aplicación al trabajo. Esta vez, papá Margailan montó en cólera, pues él, desde hacía treinta años, compraba los terrenos, edificaba, revendía, estableciendo en un abrir y cerrar de ojos los presupuestos de las casas de buen producto: tantos metros de construcción, á tanto el metro, debían dar tantos pisos, á tanto de alquiler. ¿Quién demonio le había echado áuestas aquel zángano que se equivocaba en la cal, en el ladrillo, el yeso, poniendo encima donde bastaba pinabete, y que no se resignaba á cortar un piso, como un pan bendito, en tantos cuadraditos como eran menester? ¡Que no, ea! Y se rebelaba contra el arte, después de haber ambicionado inmiscuirlo algo en su rutina, para satisfacer una rancia tortura de ignorante. Desde entonces, las cosas fueron de mal en peor,

estallando terribles querellas entre yerno y suegro, desdeñoso aquél, atrincherado tras de su ciencia, y gritando éste que, por lo visto, el más infimo peón de albañil sabía mucho más que un arquitecto. Los millones peligraban. Cierta día, Margaillan plantó á Dubuche á la puerta de sus oficinas, prohibiéndole que volviese á poner allí los pies, ya que ni siquiera servía para dirigir un taller de cuatro hombres. Un desastre, una quiebra lamentable, la bancarrota de la Escuela ante un albañil!

Claudio, que había acabado por escuchar atentamente, preguntó:

—Pues entonces ¿á qué se dedica?

—No sé; á nada, tal vez—respondió Sandoz.—Díjome que la salud de sus hijos le traía inquieto, y que se ocupaba en cuidarlos.

Mamá Margaillan, aquella mujer pálida, á manera de filo de navaja, había muerto tísica; y este era el mal hereditario, pues su hija Regina no cesaba de toser, desde que se casó. A la sazón, encontrábase en los baños de Mont-Doré, adonde no se había atrevido á llevar á sus hijos, que el año precedente volvieron maluchos de una temporada en aquellos aires demasiado crudos para su debilidad. Esto explicaba la diseminación de la familia: la madre en las aguas, con una sola doncella; el abuelo en París, donde había reanudado sus grandes empresas, moviéndose en medio de sus cuatrocientos operarios, aplastando con su desprecio á los perezosos y á los incapaces; y el padre refugiado en la Richaudière, encargado de la custodia de su hija y de su hijo, internado allí, desde la primera lucha, como un inválido de la vida. En un momento de expansión hasta llegó á decir que, habiendo corrido peligro de morir su mujer en el segundo parto, se había impuesto

el deber de cesar toda clase de comercio conyugal con ella. ¡Ni siquiera esto!

—Lindo matrimonio—dijo sencillamente Sandoz, para concluir.

Las diez eran, cuando los dos amigos llamaron á la verja de la Richaudière. Aquella posesión, que no conocían poco ni mucho, les dejó maravillados: un bosque grandioso, un jardín francés, con terrazas y graderías que se extendían regiamente, invernaderos inmensos, y sobre todo una cascada, rocas trasplantadas, cemento y cañerías subterráneas, donde el propietario había enterrado una fortuna, por una vanidad de antiguo amasador de yeso. Y lo que aún les sorprendió más, fué la desierta melancolía de aquel dominio, las limpias avenidas, sin una huella, las espaciosas perspectivas cruzadas por las raras siluetas de los jardineros, la casa muerta, cuyas ventanas estaban cerradas herméticamente, á excepción de dos, apenas entreabiertas.

Entre tanto, un ayuda de cámara que se había decidido á comparecer, les interrogó; y cuando supo que venían á ver al señorito, mostróse insolente, respondiendo que el señorito estaba en el gimnasio, detrás de la casa. Y sin más, dió media vuelta.

Sandoz y Claudio tomaron una avenida, desembocando frente á un césped donde lo que vieron les dejó parados un momento. Dubuche, en pie ante un trapecio, levantaba los brazos, para mantener en él á su hijo Gastón, un desdichado sér enfermizo que, á los diez años, conservaba los miembrecitos fofos de la primera infancia; mientras que, sentada en un cochecito, aguardaba su vez la niña Alice, que, nacida antes de término, casi frustrada, apenas podía andar, á los seis años. El padre, absorbido en su tarea, proseguía poniendo en ejercicio los cenceños miembros del

muchacho, columpiándole y empeñándose inútilmente en que se levantara á fuerza de puño; y después, como este ligero esfuerzo había bastado para bañarlo en sudor, lo tomó en brazos y lo envolvió en una manta; todo ello en silencio, aislado bajo el amplio cielo, lastimero á no poder más en mitad de aquel hermoso parque. Y, al levantar la cabeza, percibió á los dos amigos:

—¡Cómo! ¿vosotros por acá? Un domingo... y sin prevenirme!

Con afligido gesto, explicóles en seguida que, los domingos, la doncella, la única mujer á quien osaba confiar sus hijos, iba á París, y de consiguiente, érale imposible abandonar á Alice y á Gastón ni un solo minuto.

—¿Apuesto á que venís á almorzar?

A una mirada suplicante de Claudio, apresuróse á contestar Sandoz:

—No, nada de eso. Cabalmente, no tenemos tiempo más que para darte un apretón de manos... Claudio se ha visto precisado á venir á este rincón, por asuntos... Ya recordarás que vivió una gran temporada en Bennecourt. Yo le he acompañado, y se nos ha ocurrido la idea de llegarnos hasta aquí. Pero, no te molestes; nos aguardan.

Entonces Dubuche, aliviado, afectó interés en retenerlos. ¡Bien podrían disponer de una hora, qué demonche! Y los tres comenzaron á charlar. Claudio le miraba, atónito de encontrarle tan viejo: aquella faz rechoncha se había llenado de arrugas, de un amarillo veteado de rojo, como si la bilis hubiese salpicado la piel; mientras que los cabellos y el bigote comenzaban á poblarse de canas. Además, el cuerpo parecía haberse amacotado; amarga lasitud entorpecía cada gesto. Por lo visto eran tan afflictivos los contratiempos económicos, como en el arte. La voz, la mirada, todo, en aquel vencido, proclamaba la dependencia

vergonzosa en que debía vivir, la bancarrota de su porvenir que le echaban á la cara, la continua acusación de haber inscrito en el contrato un talento que no tenía, el dinero de la familia que robaba hoy, lo que comía, los trajes que usaba, las escasas monedas que debía llevar en el bolsillo, en una palabra: la continua limosna que se le hacía, como á un vulgar ratero de quien no podían desembarazarse.

—Aguardad—repuso Dubuche,—dejadme dedicar cinco minutos á uno de mis pobrecillos cachorros, y soy con vosotros.

Delicadamente, con infinitas precauciones de madre, sacó á la pequeñuela Alice de su cochecillo, levantándola hasta el trapecio; y allí, balanceando mimitos, y prodigando arrumacos, la infundió ánimo, dejándola agarrada de la barra dos minutos, para desarrollar sus músculos; mientras él permanecía atento, con los brazos abiertos, siguiendo cada movimiento, temeroso de verla estrellarse, si por desgracia soltaba sus delgadas manos de cera. La niña, sin chistar, sumamente abiertos sus pálidos ojos, obedecía no obstante á pesar de su miedo á este ejercicio; tan poco pesaba su cuerpo, que ni siquiera estiraba las cuerdas del trapecio, semejando á uno de esos pajarillos éticos que caen de las ramas sin doblarlas.

A la sazón, habiendo dirigido una ojeada Dubuche á Gastón, se azoró, viendo que la manta se había deslizado y que el muchacho tenía las piernas al aire.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ahora se me va á acatarrar en la hierba! ¡Y yo sin poderme mover! ¡Gastón, queridito mío! Cada día haces lo mismo; esperas á verme ocupado con tu hermana! ¡Sandoz, hazme el obsequio de abrigarlo! ¡Ah! ¡gracias! ¡tira, tira de la manta, no temas!

Y he aquí lo que su lindo matrimonio había producido de la carne de su carne, esas dos criaturas truncadas, vacilantes, que el menor soplo del cielo amenazaba matar como moscas. De la fortuna con la cual contrajo matrimonio, sólo le quedaba eso, la continua pena de ver á su sangre echándose á perder, adolorida, en aquel hijo, en aquella hija lamentables, que iban pudriendo su raza, sumida en la decadencia postrera de la escrófula y de la tisis. Y en el fondo de aquel muchachote egoísta, habíase revelado un padre admirable, un corazón inflamado de una pasión única. No tenía más voluntad que la de hacer vivir á sus hijos, luchando hora tras hora, y salvándolos cada mañana, con el temor de perderlos cada tarde. Actualmente, sólo ellos existían, en medio de su agostada vida, en la amargura de los insolentes reproches de su suegro, de los días malhumorados y de las noches glaciales que le aportaba su triste mujer. Y, encarnizado, completaba la viabilidad de sus vástagos por un continuo milagro de ternura.

—¡Bravo, queridita! basta por hoy, ¿verdad?... ¡Ya verás, ya verás qué grande y hermosa te pones!

Volvió á colocar á Alice en el coche, cogió en uno de sus brazos á Gastón, siempre arrebujado en la manta, y como sus amigos quisiesen ayudarle, se negó y comenzó á empujar el vehículo de la niña con la mano que le quedaba libre:

—¡Gracias! ¡ya me he acostumbrado! ¡Ah! ¡pobrecillos! ¡no pesan mucho!... ¡Y como uno no puede fiarse completamente de los criados!

Al entrar en la casa, Sandoz y Claudio volvieron á ver al ayuda de cámara que con tal insolencia se portó; y observaron que Dubuche temblaba ante él. La servidumbre de cocina y salón, compartiendo el desprecio del padre que pagaba,

trataba al marido de la señora como á un mendigo tolerado por caridad. A cada camisa que le preparaban, á cada mendrugo de pan que se atrevía á pedir, comprendía la limosna en el gesto descortés de los criados.

—¡Ea, adiós! ¡te dejamos!—dijo Sandoz, acogojado.

—¡No, no!... ¡aguardad un momento! Los niños van á almorzar; y luego os acompañaré, con ellos, hasta la verja. Han de dar su paseito.

Cada día estaba así reglamentado, hora por hora. Por la mañana, la ducha, el baño, la sesión de gimnasia; después, el almuerzo, que era una tarea magna, pues necesitaban una nutrición especial, discutida, pesada, hasta el punto de hacer entibiar su agua en vino, por temor de que una demasiado fría los acatarrase. Aquel día tuvieron un caldo de la reina y un trozo de chuleta, que el padre les cortó en menudos pedacitos. En seguida, venía el paseo, antes de la siesta.

Sandoz y Claudio se hallaron nuevamente al aire libre, á lo largo de las amplias avenidas, con Dubuche, que volvía á empujar el cochecito de Alice, mientras Gastón, ahora, iba andando á su lado. Charlaron de la Richaudière, dirigiéndose á la verja. El dueño dirigía al vasto parque tímidas miradas, como si no se considerara en su casa. Por lo demás, nada sabía, ni de nada se ocupaba. Hasta parecía haber olvidado su profesión de arquitecto que le echaban en cara ignorar, descompuesto, aniquilado por la ociosidad.

—Y tus padres, ¿qué tal siguen?—preguntó Sandoz.

Un relámpago brilló en los apagados ojos de Dubuche:

—¡Oh! mis padres son felices. Les compré una casita, donde se comen la renta que hice poner en el contrato... ¿No os parece? Mamá había

hecho grandes anticipos para mi instrucción; preciso era, pues, reintegrárselo todo, como se lo tenía prometido. En cuanto á eso, puedo decirlo en voz alta; ¡mis padres nada tienen que reprocharme!

Habían llegado á la verja, y allí permanecieron un ratito terminando la conversación. Por último, estrechó, con aire desalentado, las manos de sus antiguos camaradas, y reteniendo un instante la de Claudio, concluyó, con una simple consideración, donde no se traslucía el menor asomo de cólera:

—Adiós, procura salir del atolladero... Por mi parte, he errado el blanco!

Y le vieron alejarse, empujando á Alice, sosteniendo los ya titubeantes pasos de Gastón, y encorvada la espalda y el andar pesado, como de un viejo.

Daba la una; y los dos amigos se apresuraron á bajar hacia Bennecourt, entristecidos, hambrientos. Pero aquí les aguardaban otras melancolías: un viento homicida había pasado por la comarca: los Faucheur, marido y mujer, y el tío Poirette, habían fallecido; y la posada, caída en manos de la boba de Melia, iba volviéndose repugnante de suciedad y grosería. Sirviéronles un almuerzo malísimo, con pelos en la tortilla, chuletas sabiendo á sebo, en la gran sala abierta á la pestilencia del estercolero y tan llena de moscas, que ennegrecían las mesas. El calor de la ardorosa tarde de agosto penetraba con el hedor; no tuvieron ánimo para esperar el café y se largaron.

—¡Y tanto como celebrabas las tortillas de la tía Faucheur!—dijo Sandoz.—Vamos á dar una vuelta, ¿quieres?

Iba á negarse Claudio. Desde por la mañana, sólo tenía un anhelo, caminar más de prisa, como si cada paso abreviara la jornada y le aproximase

á París. Su corazón, su cabeza, su sér entero se habían quedado allá. No miraba á derecha, ni á izquierda; pasaba sin fijarse ni en los campos, ni en los árboles, dominado su cerebro por la idea fija, y alucinado hasta el punto que, por momentos, parecíale que el cabo de la Cité se erguía y le llamaba desde el centro de los vastos rastros. Sin embargo, la proposición de Sandoz despertó en él recuerdos, é invadiéndole cierto abandono, contestó:

—Sí, bueno; demos una vuelta.

Pero, á medida que iba avanzando á lo largo del ribazo, sentía nuevos arranques de dolor. Habían construído un puente para enlazar á Bonnières con Bennecourt; un puente ¡Dios mío! en lugar de la vieja barca, crugiendo bajo la cadena y cuya nota negra, cortando la corriente, era tan interesante! Además, el dique establecido allá abajo, en Port-Villez, había hecho subir el nivel del río, y la mayoría de las isletas estaba sumergida. No más rinconcitos lindos, no más callejuelas movientes donde extraviarse!

—¡Mira! aquél bosquecillo de sauces, que aún se elevan, á izquierda, era el Barreux, la isla donde íbamos á charlar, tendidos en la hierba, ¿recuerdas? ¡Ah! ¡miserables!

Sandoz, que no podía ver cortar un árbol sin mostrarle el puño al leñador, palidecía con idéntica cólera, exasperado de que se atreviesen á echar á perder la naturaleza.

Después, al llegar junto á su antigua morada, enmudeció Claudio, apretados los dientes. Habían vendido la casa á unos burgueses; y ahora tenía una verja, contra la cual incrustó su faz. Los rosales estaban muertos, y también los albaricqueros; el jardín, muy aseado, con sus callejones de árboles, sus cuadros de flores y de legumbres rodeados de boj, reflejábese en una gran esfera

de vidrio azogado, colocada sobre un pedestal, en el mismísimo centro; y la casa, recién blanqueada, pintarrajada en los ángulos y en los marcos, simulando piedra de sillería, ofrecía un torpe endomingamiento de palurdo enriquecido, que sacó de quicio al pintor. ¡No, ea! ¡no subsistía nada de él, nada de Cristina, nada de su antiguo amor juvenil! Quiso ver más, y llegó á espaldas de la habitación, buscando el bosquecillo de encinas, aquel rincón de verdura donde habían dejado el palpitante estremecimiento de su primer abrazo; pero el bosquecillo estaba muerto, muerto como el resto, abatido, vendido, quemado. Entonces, con un gesto de maldición, lanzó su pesar á toda aquella campiña, tan cambiada, donde no encontraba ni un solo vestigio de su existencia. ¿Bastaban, por lo visto, unos pocos años, para borrar el sitio donde uno había trabajado, gozado y sufrido? ¿á qué, pues, esa agitación vana, si el viento, en pos del transeunte, barre y se lleva la huella de sus pasos? No se había equivocado al pensar que no debiera haber vuelto allí, pues el pasado no es sino cementerio de nuestras ilusiones, donde uno se quebranta los pies contra las tumbas.

—¡Vámonos!—gritó,—¡vámonos pronto! ¡es una estupidez destrozarse así el corazón!

En el nuevo puente, Sandoz intentó sosegarle, enseñándole un paisaje que antaño no existía, la corriente del Sena ensanchada, llenando el cauce hasta los bordes en majestuosa lentitud. Pero esta agua ya no interesaba á Claudio, quien sólo hizo una reflexión: era la misma agua que, atravesando París, había lamido los viejos muelles de la Cité; y entonces le conmovió; inclinóse un momento, creyendo percibir en ella gloriosos reflejos, las torres de Nuestra Señora y la aguja de la Santa Capilla, que la corriente arrastraba al mar.

A los dos amigos se les escapó el tren de las tres; viéronse condenados al suplicio de esperar otras dos horas mortales, en aquel país que tanto les pesaba sobre los hombros. Por fortuna, habían dejado dicho en sus casas que probablemente regresarían en un tren de noche. De consiguiente, resolvieron comer en un restaurant de la plaza del Hâvre, á fin de reponerse, charlando á los postres, como en otros tiempos, apoyados los codos en el mantel. Iban á dar las ocho, cuando se sentaron á la mesa.

Claudio, al salir de la estación, con los pies sobre el empedrado de París, había cesado de agitarse nerviosamente, como hombre que al fin se encuentra en su elemento. Y escuchaba, absorto y frío, la charla con que Sandoz procuraba distraerle. Este le trataba como una querida que pretendiera achisparlo: platos delicados y cargados de especias, vinos que embriagan. Pero la alegría se mostraba rebelde, y el mismo Sandoz, acabó por ponerse tétrico. Aquella campiña ingrata, aquel Bennecourt tan amado y olvidadizo, donde no habían encontrado ni una piedra que conservara su memoria, desmoronaba en él todas sus esperanzas de inmortalidad. Si las cosas que son eternas olvidaban tan pronto, ¿cómo contar ni con una hora en la memoria de los hombres?

—Ves tú, chico; ahí tienes lo que me da escalofríos á veces. ¿Se te ha ocurrido, alguna ocasión, que la posteridad acaso no sea la impecable justiciera que soñamos? Uno se consuela de verse injuriado, negado, contando con la equidad de los siglos venideros, como el creyente que sobrelleva los males de esta tierra, en la firme convicción de otra vida, donde cada cual será tratado según sus merecimientos. ¿Y si no hubiese más paraíso para el artista, que para el católico? ¿si las generaciones futuras se engañasen como las contem-

poráneas, continuando la mala inteligencia, prefiriendo á las obras sólidas las fruslerías agradables? ¡Vaya una guasa! ¿eh? ¡toda una vida de presidiario, aherrrojado en el trabajo, para una quimera! Y advierte que eso es muy posible, en resumidas cuentas. Hay admiraciones consagradas por la tradición, por las que no daría yo ni un céntimo. Por ejemplo: la enseñanza clásica lo ha deformado todo, imponiéndonos, como genios, á unos mozos correctos y fáciles, á quienes se pueden preferir los genios libres, de producción desigual, conocidos únicamente de la gente ilustrada. La inmortalidad no correspondería, pues, sino á la burguesía media, á esos á quienes nos meten violentamente en el cráneo, cuando aún no tenemos fuerzas para defendernos... ¡No, vaya! no hay que pensar en cosas tales; ¡me horripilan! ¿Podría yo conservar el valor de mi tarea, y permanecer erguido bajo los silbidos, si no tuviera la consoladora ilusión de que había de llegar día en que me apreciaran?

Claudio le había escuchado con aire de prostración. Después, en un gesto de amarga indiferencia:

—¡Bah!—replicó,—¿y eso qué importa? no hay nada, nada... Más necios somos aún que los imbeciles que se matan por una mujer. Cuando la tierra estallaré en el espacio como nuez seca, nuestras obras no añadirán un átomo á su polvo.

—¡Es verdad, mucha verdad!—concluyó Sandoz, sumamente pálido.—¿A qué empeñarse en combatir contra la nada? ¡Y pensar que ya lo sabemos, y que nuestro orgullo se emperra en la tarea!

Salieron del restaurant, anduvieron vagando por unas cuantas calles y de nuevo dieron en el fondo de un café. Filosofaban; habían resucitado los recuerdos de su juventud, lo cual acababa de ane-

garles en tristeza el corazón. Y daba la una, cuando se decidieron á volver á su casa.

Pero Sandoz quiso acompañar á Claudio hasta la calle Tourlaque. La noche de agosto era magnífica, tibia, acribillada de estrellas. Y, como diesen un rodeo, subiendo por el barrio de Europa, pasaron por delante del antiguo café Baudequin, en el bulevar de Batignolles. Tres veces había mudado de propietario; el salón ya no era el mismo; repintado, distribuído de otra manera, con dos billares á la derecha; y las capas de consumidores se habían subseguido, ocultando éstas á aquéllas, de tal suerte, que las antiguas habían desaparecido como poblaciones sepultadas. Sin embargo, la curiosidad, la emoción de todas las cosas muertas que acababan de remover entrambos, les hizo cruzar el arroyo para echar una ojeada al café, por la puerta abierta de par en par. Querían volver á ver su mesa de antaño, en el fondo, á la izquierda.

—¡Mira!—dijo Sandoz, estupefacto.

—¡Gagnière!—murmuró Claudio.

Era Gagnière, en efecto, solo ante aquella mesa, en el fondo del salón vacío. Había debido venir de Melun para uno de aquellos conciertos del domingo, que se permitía de vez en cuando; después, ya tarde, perdido en París, había subido hasta el café Baudequin, obedeciendo á un antiguo hábito de sus piernas. Ni uno solo de los camaradas ponía allí los pies; y él, testigo de otra edad, se obstinaba, solitario. Aún no había tocado á su copa; contemplábala, tan pensativo, que los camareros comenzaban á poner las sillas sobre las mesas, para el barrido del día siguiente, sin que lo advirtiera.

Los dos amigos siguieron andando, inquietos por aquella figura vaga, poseídos del pueril terror

de los aparecidos! Y se despidieron en la calle Tourlaque.

—¡Ah! ¡ese desdichado Dubuché!—dijo Sandoz, estrechando la mano de Claudio;—¡él nos ha echado á perder el día!

Llegado noviembre, cuando ya todos los antiguos amigos estuvieron de regreso, pensó Sandoz reunirlos en una de sus comidas del jueves, cuya costumbre conservaba. Era siempre su más dulce satisfacción. La venta de sus libros iba en aumento; se enriquecía; el piso de la calle de Londres ofrecía un gran lujo, comparado con la casita de Batignolles; y él seguía siempre el mismo. Además, esta vez, llevaba la idea de proporcionar á Claudio una distracción positiva, con una de sus antiguas veladas de la juventud. De consiguiente, esmeróse en las invitaciones: Claudio y Cristina, por supuesto, Jory y su mujer, á quien había sido preciso admitir, después del casamiento; luego, Dubuche, que acudía siempre solo, Fagerolles, Mahoudeau y Gagnière por fin. Serían diez, y sólo camaradas del antiguo grupo, sin ningún extraño, para que la concordia y la alegría fuesen completas.

Enriqueta, más desconfiada, titubeó, mientras estudiaban la lista de los convidados:

—¡Oh, Fagerolles! ¿crees tú que Fagerolles, con los otros?... No le quieren mucho, y Claudio menos todavía... He creído notar cierta frialdad,

Mas él la interrumpió; no quería convenir en ello.

—¡Cómo! ¿frialdad? ¡Vaya! Vosotras, las mujeres, no sabéis comprender ciertas bromas. En el fondo, eso no impide tener gran corazón.

Aquel jueves quiso Enriqueta cuidar en persona de los preparativos. Actualmente tenía á sus órdenes todo un reducido personal, una cocinera, un ayuda de cámara; y si ya no guisaba los pla-

tos ella misma, seguía llevando la casa bajo un pie de cocina selecta, por cariño á su marido, cuyo único vicio era la gula. Acompañó á la cocinera al mercado y á las tiendas. La pareja tenía afición á las curiosidades gastronómicas procedentes de los cuatro rincones del mundo. Esta vez decidióse por un potaje de rabo de buey, salmonetes asados en parrilla, un filete con setas, raviolis á la italiana, ortegas de Rusia y una ensalada de trufas, sin contar los huevos de pescado y los kilkis como *hors-d'œuvre*, un sorbete almendrado, un queso húngaro color esmeralda, frutas y pastelería. En cuanto á vinos, simplemente Burdeos añejo á todo pasto, Chambertin para el asado y un vino espumoso del Moselle, en reemplazo del Champagne, por considerarlo vulgar.

Desde las siete, Sandoz y Enriqueta esperaron á sus amigos, él vestido de chaqué, y ella, elegantísima, con una bata de raso negro. Los invitados acudían á su casa, de levita, sin ceremonia. El salón que acababan de instalar, atestábase de antiguos muebles, de viejos tapices, de chucherías de todos los pueblos y de todas las épocas, marea creciente, desbordante á la sazón, que había comenzado en Batignolles por el viejo tiesto de Ruán regalado por ella un día de aniversario. Recorrían juntos las tiendas de antigüedades, poseídos de un jovial frenesí de compras, y allí satisfacía él añejos deseos de juventud, ambiciones románticas, nacidas antaño de sus primeras lecturas, por manera que este escritor tan ferozmente moderno, se alojaba en la carcomida Edad Media que soñara habitar á los quince años. Como excusa, decía, riendo, que los bellos muebles de ogaño cuestan muy caros, mientras que con facilidad lograba uno darse barniz y color, por medio de antiguallas, aunque fuesen comunes. No